

Violencias ambivalentes.

Una antropología sobre las formas de regular las relaciones sociales en villa sangre y sol (Córdoba, argentina)*

Natalia V. Bermúdez**

INTRODUCCIÓN

Delincuencia y sectores populares constituyen asociaciones unívocas reproducidas casi mecánicamente en los medios de comunicación, con caras, nombres y formas similares, que parecen seguir una misma trayectoria: se orientan a demostrar la inseguridad sufrida por el “resto” de la población. Vinculaciones de este tipo toman el mismo perfil en numerosas agendas electorales o en discursos políticos, en los que la cantidad y la “eficacia” de la fuerza policial se hacen presentes para inclinar la balanza hacia un costado².

En cambio, la violencia, naturalizada en el sentido común, parece abarcar un abanico más amplio de protagonistas, hechos y ámbitos: se suele decir que en la escuela hay violencia, en las canchas de fútbol, en los bailes y recitales, en las calles, en fin, en “estos tiempos violentos”; sin que por su aparente generalización en la vida cotidiana se aleje un ápice de la negatividad con que se la juzga. Ésta siempre aparece como un problema a evitar o solucionar, o bien como un obstáculo que impide el camino hacia la “civilización”, y cuya solución reside básicamente en la puesta en funcionamiento de campañas educativas³.

De todas formas, y dentro de esta misma

línea, la violencia unida a cierto tipo de delito es atribuida casi exclusivamente a los sectores de menores ingresos económicos. Desde los medios, los habitantes de estos enclaves suelen ser juzgados como personas “vagas” y de poca catadura moral, distinguidos de los “buenos”, gente trabajadora que no delinque. En definitiva, se simplifica un debate profundo que atienda a cuestiones más estructurales.

Situándonos en el ámbito académico, y tal como bien lo señala Míguez (2006), las perspectivas en torno a estos temas fluctúan desde aquellas que consideran que la violencia urbana proviene del desorden ocasionado por la labilidad moral de los sujetos pertenecientes a estos enclaves “marginales”, hasta las que terminan por subestimar los grados de conflictividad de los mismos. De nuevo, estas visiones pueden desembocar en interpretaciones sociocéntricas, en conclusiones banales o tautológicas, o bien en peligrosos sesgos que muchas veces son utilizados por los gobiernos para justificar determinadas políticas públicas.

Echando luz sobre estas corrientes es que surge el interés por cuestionar tanto esta “romantización” de la pobreza; como también la marcada tendencia a la “endemonización” de los sujetos de sectores populares; para tomarlos en definitiva como “un grupo”, entre otros. De

* Becaria del Proyecto “Violencia, Delito, Cultura Política, Sociabilidad y Seguridad Pública en conglomerados urbanos”, PAV 2003-065 FONCYT (Nodo Córdoba), Museo de Antropología, FFyF, UNC. Este artículo forma parte de mi tesis de maestría en antropología, “El mundo de los carreros de Sangre y Sol. Una antropología sobre sus representaciones y prácticas”, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba”.

** Magíster en Antropología (Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba). Doctoranda en Ciencias Sociales (Universidad Nacional General Sarmiento, Buenos Aires). Mail: natibermudez@yahoo.com.ar
Dirección postal: Corrientes esq. Julio Verne (5166) Cosquín, Córdoba.

hecho, estudios como los de Leeds (en SILVA DA SOUSA, 2006) y PUEX (2003) ya han señalado que, al contrario de lo que subyace a la teoría de LEWIS (1995), estos espacios no constituyen sub-culturas o mundos aparte, sino que presentan continuidades con el “resto” de la sociedad⁴. Postura que, por otro lado, no implica obviar las condiciones concretas, políticas y económicas en las que se hallan inmersos sus habitantes, sino todo lo contrario, puesto que ellas dinamizan y otorgan sentidos a las representaciones y prácticas de los individuos.

Dentro de este marco, el presente trabajo intentará desnaturalizar las violencias y los supuestos frecuentemente conformados desde el sentido común respecto a su presencia en las villas ya que, como señala SILVA DA SOUSA (2006), suelen explicarse en torno a las nociones mertonianas de “privación relativa” o a aquellas más durkhemianas de patologías social o anomia, que no abarcan la complejidad de estas cuestiones.

En este sentido, y más específicamente, se verán las formas de regular las relaciones sociales en Sangre y Sol y las maneras de diferenciación social en las que se imbrican los *problemas* o *situaciones críticas*⁵ y “las violencias”. Analizaré las relaciones que se establecen entre quienes encarnan o protagonizan esas situaciones conflictivas y la comunidad, además de avizorar algunas cuestiones más estructurales. Es decir entonces que esta mirada implicará considerar un complejo entretreído de un proceso social total (WILLIAMS, 2000). Así entendido, la violencia en tanto forma de regulación social, tal como son concebidas por ELIAS (1989) o CLASTRES (2004), nos invitan a verla como constitutiva de las relaciones sociales, a discutir sus límites, permeables, ambiguos y contextuales⁶.

Contrariamente a lo que podría pensarse, “la violencia” no constituye aquí una categoría nativa, más aún, a lo largo de un trabajo de campo de más de dos años en ningún momento las personas se apropiaron de esta noción⁷. En este sentido, las violencias se revelan, más bien, como parte integrante de los conflictos

o de situaciones *críticas*, bajo la forma de problemas, disputas, peleas, protestas, redes de reciprocidades, acusaciones, chismes, delincuencia, entre otras⁸. En este sentido, puedo decir que su difusa figura no se delimita hasta tanto no es percibida en concreto, a partir de un alguien que la encarna y la ejerce; por lo cual creo necesario partir de las violencias investidas en prácticas, allí mismo donde se implantan⁹. Por último y con este propósito, mostraré las formas de violencia en la vida cotidiana de estos grupos, desde la perspectiva de un “encadenamiento” de las diversas formas de violencia (FONSECA, 2000)¹⁰.

FORMAS DE REGULAR...

Sangre y Sol se encuentra en la zona Este de la ciudad de Córdoba, camino a Chacras de la Merced y próxima a Villa Korea. Según datos del INDEC (2001), en la villa hay 73 viviendas y la población total de ambas villas es de 821 personas, con un total de 431 varones y 390 mujeres aproximadamente. Sin embargo, según datos relevados en el 2005 por sus propios habitantes, la cifra de sus viviendas ascendió a más de 120, por tanto también se cree que el número de personas residentes se ha acrecentado considerablemente. Cabe señalar también que la gran mayoría de sus habitantes son parientes entre sí.

Como se verá, la villa Sangre y Sol es relativamente pequeña comparada con otras de la ciudad de Córdoba, como Villa “Hermana Sierra” de Barrio 2 de Septiembre, cuyas viviendas ascendían en el año 2001 a 529, o como Villa la Escuelita, en Barrio Los Álamos de 664 (INDEC, 2001).

En principio, podrá observarse que las representaciones y prácticas sobre los *conflictos*, los *problemas*, o las *situaciones críticas* y sobre las personas que son percibidas como las supuestas causantes de los mismos¹¹, se hallan inscriptas en las relaciones de parentesco y en los lazos entre vecinos y amigos. De hecho, quien reside en esta villa desde hace tiempo,

seguramente tiene a algún conocido o pariente que se relaciona con “lo ilícito”. En otras palabras, las formas de regular las relaciones sociales en esta villa se vinculan a estos lazos, y las ambivalencias marcadas sobre lo que es o no *conflictivo* o problemático y sobre quiénes encarnan esos roles, estarán dadas por esas interrelaciones entre los habitantes de la villa, según las diversas situaciones.

Asimismo, existe toda una lógica de clasificación de estos acontecimientos que regulan las relaciones y las posiciones simbólicas de las personas. De modo que, una madre cuyos hijos se dedican a delinquir, puede criticar abiertamente a una persona y juzgarlo como *mal vecino* por violador. Esta sería la peor figura, no sólo en los institutos correccionales o cárceles, sino también en determinadas comunidades como ésta. Personas que no sólo son tildadas de “malos” padres o esposos, sino que se los juzga de acuerdo a su rol de vecino por el temor que genera la posibilidad de que algún día ocasione daño a otras familias¹².

Por otra parte, ahondaremos en nociones relativas al trabajo, también como manera de regular y controlar las relaciones sociales en la villa. Unas cuarenta familias de Sangre y Sol son carreros¹³: un oficio que es transmitido de generación en generación y que es considerado por la gente como un trabajo digno, pero cuya legitimidad es cuestionada por ciertos sectores de la sociedad, incluso por el Estado mismo. La gran mayoría de estos carreros no “delinquen”, pero otros tantos combinan sus actividades con el robo. Sin embargo, como veremos, éstos gozan de mayor reputación que quienes sólo “delinquen”.

RELACIONES VECINALES, DE AMISTAD Y PARENTESCO

Los conflictos que describiré a continuación se interrelacionan en la vida cotidiana, enfrentando y acercando a unos y a otros de manera cambiante.

“Estoy por entrar a la casa de María y de Marcela (del lado Este de la villa) es la hora de la siesta, no hay tanto movimiento como en las horas en las que el calor no azota tan directamente, pero los más pequeños siempre encuentran qué hacer al sol. Las mujeres también se cruzan de casa en casa, han terminado de cocinar. Más adelante encuentro en uno de los pasillos a un grupo de chicos, tres nenas y cuatro varones. Una de ellas me saluda: ‘¡hola, señor!’, a pesar de que no nos conocíamos. Seguramente me asoció con esta actividad porque las maestras son “las extrañas” que más frecuentan la villa. Escucho que se dicen: ‘hoy no hay comedor, no sé por qué’. ‘¡Vamos a jugar a la mamá y al papá!’ dice una. Me despido, toco las manos en el portón de la casa, y sale a recibirme María, una chica de 18 años de edad” (notas del cuaderno de campo, 2005).

María Pereyra, que abandonó hace unos días la escuela secundaria vive con Marcela, su madre y presidenta del comedor “Nueva Esperanza”¹⁴ y un hermano menor. Su padre, se ha ido hace unos meses a trabajar al sur a *hacer changas* sin el consentimiento de Marcela, al igual que su hermana Jona, de 16 años de edad, quien también partió pero en este caso a *convivir* con su novio en la casa de los padres de aquél. Ya sentadas a la par de la mesa aún con restos de comida, María me cuenta sobre estas situaciones *críticas* por las que estaba atravesando su familia, por momentos con lágrimas contenidas en los ojos. Una más de estas situaciones *críticas*, como las definió, se sumaba a las anteriores y remitía a un robo. Sin que se lo pida, comienza a contármelo.

Una noche, María regresa de un baile a su casa en taxi y cuando desciende alcanza a divisar a un chico corriendo por la calle, pero sin poder distinguir de dónde salía. Al ingresar a su vivienda encuentra a su madre llorando y se entera de lo que acaba de suceder: alguien había entrado a un cuarto donde permanecen guardadas las herramientas de albañilería del padre y le había sustraído algunas de las mismas. Evidentemente, ese era el chico que María había visto salir corriendo.

Natalia: ¿Vos lo conocés?

María: *Es un vecino de acá, vive del Otro lado*¹⁵. Entonces, continúa su relato: *yo salí afuera y lo fui a seguir, lo agarré, perdí las sandalias y los aritos, no sé en qué momento, pero lo fui a enfrentar, a decirle que por qué nos hacía esto, lo agarré y lo sacudía y él a mí. Abí recuerdo que mi mamá le estaba pegando con las sandalias mías para que me soltara. Salíó la madre de él y nos amenazó que nos iba a matar, que no nos metiéramos con el hijo.*

María, acusa vehementemente a un vecino que no pertenece a su sector, al chico del Otro lado y cuenta cómo ella lo enfrenta:

Después de lo que pasó, cuando yo estaba sola y me lo cruzaba ni lo miraba, pero cuando salía a la esquina que sabía que no me podía hacer nada, yo no le bajaba la vista, porque no tengo por qué esconderme. Por eso, al principio, mi mamá no quería que saliera por miedo a que la madre me hiciera algo. Pero ese chico se quedó con bronca, porque después de que entró a mi casa, entraron al comedor (se refiere a Nueva Esperanza). Entonces robaron toda la mercadería y desde ese momento mi mamá tiene que guardar las cosas acá en la casa e ir llevando de a poco.

Natalia: ¿Y por qué decís que es él?

María: *Y porque vos te andas enterando que el chico estaba vendiendo la mercadería del otro lado. Delante de nuestra cara, y el hermanito viene a comer acá.*

Como se ve, las madres suelen ser quienes defienden visiblemente a sus hijos, quienes resguardan su integridad y quienes pueden tomar represalias contra los supuestos agresores¹⁶.

Por otra parte, y curiosamente, es usual que se la acuse a Marcela de *sacar víveres pertenecientes al comedor (y obtenidos a través de un plan social del gobierno de la Nación), para llevárselos a su casa. Los mismos amigos de María, en tono jocoso y “relativizador”, le dicen ante su crónica del robo: Si a tu mamá siempre se la ve con unos paquetes de comida bajo el pulóver*¹⁷.

Mientras tanto, se hacía presente en mi memoria un relato de una familia habitante de ese “Otro lado”, los Rodríguez¹⁸:

“Estamos sentadas en sillas de lata naranjas y en otras de plástico blancas, bajo la morera de Rosa, con sus hijas, La Negrita y Lorena, mientras ella barre a nuestra derecha con los nietos todos dispuestos a su alrededor, girando incansablemente con preguntas, juegos y peleas. De cuando en cuando, ella espanta las moscas con un trapo y se limpia en el delantal que lleva puesto sobre la bata (notas de campo 2005)”.

Esta familia está compuesta por 15 hermanos y Rosa y Lucas, sus padres quienes se definen como carreros, oficio que aprendió de sus padres y que transmite a sus hijos y nietos. Muchos de estos hijos ya no viven con ellos, sino que ocupan viviendas próximas dentro de la misma villa aunque funcionan como una familia ampliada ya que comparten muchas veces la comida, el trabajo y el dinero. Dos de sus hijos varones, Martín y el Nene están *privados de la libertad*, ambos alojados en Bouwer, una penitenciaria de Córdoba.

En esta charla me cuentan las situaciones de cada uno. A uno de ellos, Martín, el mayor de 23 años de edad, lo detuvieron en una localidad del interior de la provincia y *tiene para rato por robo*. El otro es carrero y tiene 19 años, también fue acusado de robo. Sin embargo, en el discurso de sus padres existe cierta diferencia, puesto que consideran que el segundo *no hizo nada, si en ese momento (del supuesto ilícito) se encontraba jugando al fútbol* en la villa.

En cada conversación surge, con tono de profunda aflicción, todo el dinero que deben reunir para ir a visitarlos a la cárcel, entre el pasaje, la ropa y los víveres. Pero más aún, con los abogados. En este momento, tenían que ahorrar dos mil pesos para el más chico, ya habían presentado a los testigos que confirmaron la presencia del Nene en la villa. Eso los tenía *esperanzados*, aunque el *mayor sufrimiento* es por Martín. Situaciones que aparecen como circulares para la familia.

La Negrita¹⁹: *Mi hermano sale de la cárcel (refiriéndose a Martín) y la policía ya está acá...no lo dejan en paz. Sale con el auto, ya lo detienen, entonces él dice: "para qué voy a dejar de robar si la policía me va perseguir igual"...No lo dejan componerse..., es como que ya está marcado.*

El padre dice: *Ud. lo saca, lo está componiendo lo lleva a trabajar, y ya viene la policía y cualquier cosa que pasó ahí, ya vienen a buscarlo. A veces la policía y la droga le arruinan toda una familia...*

Rosa: *Nosotros estábamos apurados porque salga algún trabajo con el tema de la cooperativa (se refiere a la Cooperativa de Trabajo de los Carreros Organizados), que espere, que no se impaciente, pero no me hizo caso —me explica Rosa, su mamá—...ya anduvo haciendo sinvergüenceadas (se refiere a hacer cosas "sin vergüenza"). Y ahora estoy de nuevo tratando de sacarlo, para colmo ahora con el otro (y se le llenan los ojos de lágrimas espesas que caen por el rostro mientras habla).*

En este sentido, portar un apellido suele ser estigmatizante. En casi todas las ocasiones de mi trabajo de campo, suelo preguntar a las personas si quieren aparecer con sus nombres verdaderos u optar por otros ficticios que preserven sus identidades (práctica utilizada usualmente por los antropólogos). En el caso de esta familia, siempre me habían dicho que querían que aparezcan sus propios nombres *porque no tenemos nada que ocultar*. Sin embargo, cuando las entrevistas rozaron estos temas, me pidieron que los cambiara. Rosa me cuenta, tratando de justificar su decisión:

Mi hijo más chico me dice que lo sacan de los bailes, dice que lo sacan directamente. Entra él y parece que entra la peste...

N: ¿Por qué?

Rosa: *Por ser Rodríguez. Rodríguez ya es mala palabra.*

Lucas: *Les digo siempre que les voy a cambiar el apellido, les pongo el apellido de ella (señalando a Rosa), se me van criando los chicos varones y son todos Rodríguez...*

Para los Rodríguez, los agentes policiales aparecen como el principal causante de la situación familiar, en tanto que "marcan" a una persona y hacen extensivo este estigma a todos los parientes que portan un apellido, administrando así la delincuencia y al delincuente. Asimismo, la noción de trabajo aquí presente nos remite constantemente al oficio que se le ha transmitido a Martín y que éste parece alternar con "la delincuencia". Oficio que podría constituir, según la familia, la puerta de salida que lo salvaguarde de acciones "sin vergüenza".

Por su lado, La Negrita defiende el accionar de su hermano agregando: *pero algunos vecinos tampoco lo valoran a mi hermano, porque cuando está él no hay ni un robo en la villa. Él mantiene todo quieto, todo tranquilo, los rateritos²⁰ no se animan acá. Y después algunos andan diciendo pavadas...*

De hecho, mientras que muchos vecinos de su lado defienden discursivamente a Martín y rescatan sus cualidades tal como me decía Víctor: *él conversa mucho con mi hijo, viste, le da consejos*; otros, como La Beba²¹, tienen percepciones más ambivalentes. Ella, que vive del *Otro lado* (opuesto al de los Rodríguez), me dice: *Los Rodríguez (refiriéndose a la familia de Rosa) son bravos, bravos, pase lo que pase van todos juntos a arreglar lo que sea, se mueven en patota, va toda la familia. Cuando está Martín, les tira tiros en los pies a los chicos, es un peligro... Pero él roba afuera y también es carrero.*

Ambivalencias tejen las percepciones, señalando las ventajas y desventajas de la presencia de determinados individuos en la villa. Lo que para los Rodríguez constituye un capital: el moverse en familia para defender a sus miembros, para La Beba es señal de "patoterismo" y peligrosidad, aunque finalmente termine rescatando el carácter no proxémico de la actividad de Martín. El mismo es, entre otros, quien parece tener el papel "legitimado" de algún modo para regular y controlar las relaciones y los delitos dentro de la villa.

En el comienzo de mi trabajo de campo otra de las vecinas defendía a Martín firmemente, pero luego de haber mantenido una

discusión con él por temas amorosos, cambió abruptamente su percepción sobre la acción de éste para cuidar el barrio. Así, Martín pasó a ser, de la noche a la mañana, el peor de los delincuentes. Es decir que otro tipo de relaciones como una amistad o un noviazgo alternan las opiniones sobre quienes participan en situaciones que podrían ser vistas como “violentas”.

En este sentido, la familia Rodríguez a la vez que en cierta forma condena a Martín, uno de sus hijos, quien debería *recomponerse* (a través del trabajo), quien hace *simvergüenceadas*; las hermanas rescatan su presencia en la villa que trae seguridad a ciertos vecinos y el control de otros vecinos, tal como me comentaba La Beba.

Para María Pereyra, se entretienen diversas situaciones *críticas* en las que se cuentan las modificaciones de su estructura familiar, el robo y todo lo que engendra en ella, los conflictos vecinales en relación al Otro sector y la desconfianza que se genera a partir de un hecho delictivo, desconfianza que se extiende a lo largo del tiempo, y que puede cristalizarse en una futura acusación hacia la misma persona en caso de que ocurra un acontecimiento similar, más los problemas aparejados a largo plazo, como convivir en una misma villa con el supuesto delincuente y la modificación de la relación vecinal: se le quita el saludo, y cuando la ocasión lo permite se le sostiene la mirada, lo cual ocurre cuando María se percibe acompañada con otros de su mismo grupo. Este acontecimiento revela a su vez la reacción de ella y de su familia ante el robo, en la que en ningún momento media alguien distinto a un vecino o un pariente. Ahora bien, ¿qué ocurre en el caso de que se encuentre involucrado un pariente?

Luego de esta conversación con María, ella decide acompañarme hasta la parada del colectivo que me llevará a la zona céntrica de la ciudad. Atravesamos la puerta de la cocina, salimos hacia el patio que hace las veces de cochera abierta, cuando se escuchan dos tiros de la policía. Observamos a cuatro CAPs²² afuera de la casa, en uno de los tantos pasillos de la villa, ancho como una calle, perpendicular a la ruta. María des-

pués de preguntar retóricamente, en tono de alarma: *¿qué pasó?!*, permanece atenta por unos segundos a todos los movimientos -sólo la policía actuaba-. Luego sí me presenta la situación, señalando a dos chicos de 16 y 17 años a la izquierda asomados sobre el alambre olímpico de la casa de Marcela, del lado de adentro, mirando el operativo: *ese es mi primo y su amigo, se meten donde pueden porque sino los llevan, sino pierden*. El chico que me señala es morocho, tiene el torso desnudo y estaba en la calle con el otro, un amigo de las chicas al que yo ya había visto varias veces. Al pronunciar el estado de cosas con la mirada hacia delante y en voz baja no cambia su postura. Nadie lo hace. Y, siguiendo el principio antropológico apelado por Geertz “*donde fueres haz lo que vieres*” (1995:p.341) me quedé también quieta. Permanecemos de pie, casi congeladas. Ninguno inicia ni reanuda las actividades. No hay nadie en el pasillo. Las madres y vecinas, buscaron a casi todos los niños y los introdujeron en los patios de las viviendas. Desde allí, todos observan y sólo algunos vecinos reinician sus actividades con una normalidad actuada que se deja notar en el tono de sus voces, nerviosas, entrecortadas, en tonos bajos, al igual que los movimientos que también se perciben lentos.

Tres policías que estaban a mi derecha, en ese pasillo, vienen caminando hacia el centro de nuestro cuadro, son los que efectuaron los disparos hacia las viviendas. María se mantiene con los brazos cruzados y el paso hacia delante que iba a dar fue interrumpido, todavía queda en suspenso.

María divisa a alguien conocido en el interior de un móvil. *Ay, ¡no!, ese es el Vini²³, mi (otro) primo, lo agarraron al Vini*, me dice. Inmediatamente sale de la vivienda Marcela, su madre y Jona, la hermana menor, ambas se posicionan junto a los varones.

Esa que está hablando con la cana (policía) es mi tía, expresa describiéndome la situación, esa señora gorda. Mirá la cara, pobre, esa es mi tía, pobre. Y no,

no se lo van a dar... no se lo van a devolver...

¿Qué habrá pasado?, le pregunto. Y me responde susurrando: en la parada te cuento.

Itacas sostenidas con las dos manos en posición de tiro son las armas que contonean los policías, todos de azul, a veces apuntando hacia las viviendas de enfrente, habitantes grandes y pequeños de por medio. Hacia esa dirección, dos policías inquietan a la gente que permanecía inmutable en el patio: “¿nos dejan entrar?”, cuando ya están ingresando. Saltan alambres y van hasta el fondo, mientras que las otras CAPs tratan de cercar esa franja de enfrente, algunos a la vuelta, del lado que da a la cancha y otros hacia la derecha. Miran los techos, revisan, se tardan unos minutos. La gente ahora habla poco, entre dientes, y mira. Los uniformados continúan buscando, rodean varias veces la zona delimitada en dos o tres casas con las camionetas y algunos se entrecruzan caminando.

¿A quién están buscando?- pregunto. Me dice María: no sé, capaz que algún amigo del Vini. O capaz que le estaban tirando piedras....Y no es una vez al mes que se ve esto, ¿eh?.

Cuando parece no haber peligro de más tiros, la saludo a Marcela y a Jona. Me saludan, esperamos un poco más. La gente apenas retoma algunos movimientos, sin exaltaciones. María le pregunta a su mamá: *¿se podrá salir así? Y... vayan por el costadito,* responde Marcela. Somos las únicas que caminamos por la orilla del pasillo para saltar las camionetas. Ningún policía nos mira, ni voltean la cabeza ante nuestro movimiento. Allí vemos el resto de las camionetas y cómo cuatro policías parapetados entre los vehículos apuntan hacia las viviendas, hacia los mismos patios donde hay pequeños y grandes observando, quietos y en silencio. De pie, esperamos el colectivo a metros de las CAPs, sobre la vereda de tierra, claramente apartadas de la calle. Un ruido de

vehículo nos llama la atención hacia nuestra derecha, se acerca hacia nosotros, por Bajada de Piedra desde el centro, una CAP a toda velocidad, con las luces prendidas sin la sirena puesta. Y cuando está a pocos metros, esquiva la ruta y se dirige directo hacia nosotras. La camioneta no cambia de dirección, no gira a pesar de tener espacio. A pocos metros nos damos cuenta de que no va a doblar, parece que no desviará su trayecto y debemos dar un brusco salto largo hacia atrás para no ser envestidas.

María con furia marcada en su rostro comienza a contarme detalladamente:

No sabes, el Vini, se sentó un día a hablar con la madre tomando mate y le dijo, mirá, para que no te anden contando por ahí, que te enteres por otro lado, te lo digo yo, ‘estoy robando’. ¿Sabes, pobre madre, enterarse así?, ni por la madre lo hace, mirá que le rogó, le habló, le dijo, pobre mi tía. Si ayer estábamos con mi mamá y me decía qué es feo tenerles desconfianza, más cuando es tu primo, pero que no hay que dejar que el Vini se quede solo acá en casa, porque uno nunca sabe, pero es feo tener que estar mirándolo....

¿Ves? Mirá cómo la gente tira piedras.

Natalia: *¿Quién?*

María: *No sé, de abajo se ve.*

Y observamos cómo uno de los policías baja caminando amenazante por donde le tiran piedras, mientras otros proceden a repartir chalecos anti-balas. Las piedras, del tamaño de una nuez o un poco más grandes, eran arrojadas desde las viviendas hacia la calle, en dirección a la policía. Sin embargo, no estaban dirigidas hacia sus rostros, ni a una gran velocidad en forma de ataque o con la intención de provocar heridas en el cuerpo, sino más bien hacían una especie de comba de tal modo que se precipitaban próximos a ellos, nunca en los cuerpos.

María: *La gente les tira piedras como echándolos, y después los llaman si les roban. El otro día entraron acá al frente y le sacaron todo, todo. Y allá a los*

viejitos, los ataron, todo24.

Natalia: *¿De dónde son?*

María: *Son de acá. Y después la gente que tira piedra llama al CAP y no vienen cuando pasó lo de los viejitos tienen que venir, abí tienen que estar (...)* En eso se aparece el colectivo. Tiene que frenar, las CAPs se corren apenas, y el colectivo pasa. Saludo a María, *nos llamamos*, me dice. Y me subo. Veo cómo los del *otro lado* de la villa, están mirando hacia las CAPs. Casi no se perciben movimientos, tampoco se aprecian niños solos, sino detrás de las piernas de sus madres, mirando asomados. Parece una pintura o una fotografía.

Una semana después, María me cuenta que al día siguiente *sacaron a su primo, se lo dieron* (refiriéndose a la madre)...

Natalia: *¿Por qué se lo llevaron?*

María: *Y...porque no se "escondió" a tiempo.*

Como puede verse, la práctica policial revela un simbolismo fuertemente desplegado en el espacio y en el tiempo. Permanecer en la calle, en la cancha de fútbol o en los pasillos, implica una actitud de alerta ante la presencia de más de un móvil policial circulando por la villa a cierta velocidad. Este es el indicador que parece marcar la inminente búsqueda de espacios considerados *seguros para esconderse*, esencialmente por parte de los varones jóvenes y de los niños. Antes de que los policías descendan de las camionetas, la gente ya se reparte rápidamente. No obstante, no es la legalidad el parámetro que determina o condiciona esta acción. Haber cometido o no un ilícito parece no importar, hay que "esconderse" igual. Los cuerpos adquieren primero determinada rigidez, los comentarios entre personas se expresan sutilmente luego, para retornar a una cierta naturalidad después. Pero es dentro de las viviendas -propias, de parientes o vecinos con quien se mantienen lazos-, que las personas adquieren inmunidad, por lo menos, hasta que el "peligro" más inmediato parece transcu-

rrir. Luego, cuando la policía delimita el sector de búsqueda, y se aleja unos pocos metros de las viviendas, las piedras comienzan a ser arrojadas contra ellos, pero más que un tono de amenaza, adquieren intencionalidad de enojo, de querer echar a la policía del lugar. Quienes arrojan las piedras no se visibilizan ante la policía, es a partir del espacio "resguardado" de las viviendas que estos proyectiles son lanzados.

Falta de confiabilidad en las instituciones del estado para resolver los conflictos de las relaciones interpersonales, es otro ingrediente que se suma a este asunto. Pero también una especie de uso estratégico, por parte de la gente, ya que para determinadas ocasiones la gente acude a la policía, como en casos en los que Martín Rodríguez no se encuentre en la villa para "poner cierto orden" entre los rateros, aunque esto no sea un punto sobre el que convenga profundizar ahora.

Por otra parte, dedicarse a delinquir, trae aparejado una serie de conflictos contradictorios también en la familia de María, ya que por un lado se intenta convencer de lo contrario a la persona que delinque, pero como me han contado innumerables veces, en muchos casos la familia parece aceptar lo que los mismos traen a la casa producto del robo.

Las relaciones de parentesco para María marcan un cambio en la concepción del que delinque. Si fuera el primo de María el que entrara a robar a su casa, las situaciones de violencia física posiblemente serían casi nulas (FONSECA, 2000), aunque planteen conflictos de otro orden, ya que la desconfianza existe pero su presencia conlleva mucha más incomodidad y probablemente María no podría desquitarse ni sostenerle la mirada a su primo, como en el caso del chico del *Otro lado* que ella señaló como delincuente. Su primo no es un extraño ni vive del Otro lado y, sobre todo, otros parientes los unen y entran en juego en esa trama de relaciones.

En este caso, tener trabajo y tener una familia y, sobre todo una madre²⁵, no parecen impedir la entrada a las actividades "ilegales". Como dijimos al respecto las explicaciones en torno a la "privación relativa",

a la patología social o a la anomia no reflejan la complejidad de cuestiones como estas. Es por ello que es necesario, en palabras de Bourgois (2006) situar la perspectiva de los actores en su contexto histórico y cultural, en una íntima relación con fuerzas del mercado laboral, transformaciones históricas y culturales. El estudio de Nathalie Pux (2003) en villas del conurbano bonaerense, nos orienta a pensar que un hecho es considerado violento y “condenable” por sus habitantes no tanto por una cuestión moral o en referencia a nociones de justicia, sino según el contexto en el que se produce, y si afecta o no el lazo social entre vecinos. En el caso de Sangre y Sol, una villa de menor tamaño a las abordadas por la antropóloga, las relaciones de parentesco son muy comunes. Es decir que, estos hechos pueden afectar el lazo social, pero aún así, si las personas involucradas son familiares, serán juzgados según otros parámetros, con mayor o menor firmeza por esa causa.

ESTE LADO Y EL OTRO LADO: SER O NO SER CARRERO²⁶

Como bien se dijo, las condiciones estructurales, o “constreñimientos estructurales” de acuerdo a Silva da Sousa (2006), también dinamizan estas percepciones. Aunque para la gente de Sangre y Sol, la mayoría de las veces sean cuestiones individuales y volitivas las que entren en juego en los conflictos cotidianos, vimos ya algunos indicios sobre cómo la propia policía es considerada, desde la perspectiva nativa, como un agente estigmatizador e impositor de ciertas lógicas ilegales. Pero en esta parte centraré el foco sobre las nociones de trabajo y la división de la villa.

A lo largo de mi trabajo de campo pude observar que, en todos los casos, una pregunta demarcaba una respuesta firme y vehemente. En charlas informales con diferentes personas, los habitantes de la villa presentaban a Sangre y Sol como una villa de “carreros”. Durante una buena parte de mi estancia pensé realmen-

te que casi todas las familias se dedicaban a esta actividad. Sin embargo, una vez que empecé a interrelacionarme con las personas de los dos sectores, es decir a desentrañar la compleja trama de una comunidad, comprendí que muchas eran las labores, los oficios y las actividades desplegadas por sus habitantes. De hecho, aproximadamente un 35 % de las familias de la villa se dedican específicamente a este oficio, casi todos residentes del sector Oeste, mientras que los otros combinan distintas actividades, como veremos²⁷. Pero más allá de eso, el trabajo hace las veces de carnet de presentación de un lugar, ya sea en uno u otro sector: *Somos carreros* o *son todos carreros* denotaba un nosotros inclusivo o exclusivo expresado con orgullo e ímpetu. Por tanto, *esta es una villa de carreros* fue un enunciado común en todos mis entrevistados que destacaba la propiedad y la capacidad de “trabajo” de sus habitantes, además de una noción de comunidad que protege y ofrece un marco de apoyo formado por el entramado de relaciones. Ser carrero constituye sin dudas, un capital simbólico que los identifica, que los contiene, que los hace dignos de respeto, que los diferencia al alejarlos de las vinculaciones con la delincuencia y de los estigmas asociados a la pertenencia a una “villa”. En este sentido, el capital simbólico que poseen los carreros tradicionales es otorgado, legitimado y mantenido por la mayoría de los habitantes de Sangre y Sol.

En el juego de distinciones de los oficios, puede decirse en una primera instancia que a los carreros se los distingue básicamente porque recolectan todo tipo de material desechado por las calles de la ciudad en carros tirados por caballos²⁸, no sólo cartón. También por la antigüedad del ejercicio de esta tarea, lo cual implica la aprensión simbólica y cultural de un “saber hacer”, en tanto que ser carrero es, por lo general, un oficio transmitido de generación en generación; y por la acumulación del capital social, en el que los “carreros tradicionales” logran constituirse como un grupo cohesionado e integrado, que incluso lucha políticamente²⁹. Es decir que esta acti-

vidad conforma un oficio que viene del pasado y se proyecta en el futuro. Es usual que a partir de los doce años de edad –sino antes–, los niños, varones por lo general, comiencen a trabajar con sus padres en los carros. Por un lado, esto ocurre porque a esa edad los chicos suelen terminar la escuela primaria y no suelen cursar el secundario, y por otro, debido a que los comedores que funcionan en la villa sólo reciben a niños de hasta una docena de años. Es a partir de entonces que ellos ayudan con el sustento de la familia hasta los catorce o quince, ocasión en la que consiguen su propio carro, aunque continúen colaborando más indirectamente con la familia.

Por otra parte, un número significativo de habitantes trabajan en el Mercado de Abasto, a tres kilómetros de ahí, como changarines. Entre las ocupaciones más frecuentes que le siguen se encuentran las vinculadas a la construcción y el servicio doméstico prestado por las mujeres. De hecho, la gran mayoría de los varones carreros son albañiles, aunque no estén trabajando como tales en el presente. Aún así, este conocimiento es puesto en práctica con las construcciones propias o la de sus parientes y vecinos, de tal modo que sus viviendas o las ampliaciones que se van fabricando a lo largo del tiempo, los tiene como principales hacedores. Otra estrategia comercial que implementan los pobladores para sobrevivir es la instalación de negocios en las viviendas como pequeños kioscos, verdulerías o almacenes improvisados en los comedores. Los conocidos “bolsones de comida” también son repartidos en esta zona. La mayoría de los residentes recibe un bolsón mensual con mercadería que otorga el Gobierno de la Provincia a través del Ministerio de la Solidaridad, y aproximadamente son setenta personas (sobre todo mujeres) las que obtuvieron en los últimos meses de 2002 y principios de 2003, el Plan Jefes y Jefas de Hogar de la Nación³⁰.

Pero en la villa también hay unos veinte “cartoneros”, y el número de personas que se dedican a recolectar cartón con carritos manuales, ha aumentado significativamente en es-

tos últimos años. Suele incorporarse a los cartoneros y carreros dentro de una misma franja de personas desocupadas que, desalentadas por la falta de empleos y por una recesión que disminuyó las denominadas changas en el rubro de la construcción, se volcaron hacia estos oficios³¹. Si bien la explosión de carreros y cartoneros se produjo luego de la profundización de la crisis político-económica al término de la década de los noventa³² y aumentó aún más con la suba de la cotización del cartón en el 2001, ser carrero no constituye una actividad ni nueva, ni reciente³³. No es un producto de la crisis, como dijimos. La mujer carrera más longeva de la villa traspasa los 60 años de edad, está orgullosa ya de varios nietos, algunos de ellos carreros, y de otros tantos biznietos, y el oficio que la distingue lo aprendió de su padre, por lo que puede deducirse que constituye ya una práctica centenaria. Lo contrario ocurre con los cartoneros o nuevos carreros, quienes consideran a esta una actividad para el presente, una *changa pasajera*, que no interesa cultivarla ni proyectarla en el futuro. Son, por lo general, personas que pretenden recuperar en algún momento lo perdido.

Es decir que todas estas transformaciones ocurridas en los últimos años: los cambios vertiginosos del mercado laboral, el aumento en el precio de ciertos materiales como el cartón y el consiguiente vuelco masivo de personas hacia esta tarea, impactaron en la actividad de los carreros disminuyendo su capital económico. Este conjunto de acontecimientos, cuyas huellas pueden rastrearse en un proceso de empobrecimiento, provocó una serie de disputas por los sentidos y las formas de clasificación de los oficios (y de sí mismos) entre estos dos nuevos grupos de carreros y cartoneros, cuyas mutaciones reflejan los intentos de diferenciación, a la vez que de alianza y acercamiento.

Parte de estas disputas se materializaron en el espacio de la villa. El sector Oeste de Sangre y Sol se encuentra conformado, en su mayoría, por los carreros “tradicionales”, esto es, los “establecidos” en un oficio; y el otro sector, el Este, está habitado fundamentalmente por

las personas devenidas en cartoneros, es decir, en palabras de Elías (1998) “los marginados o *outsiders*³⁴”, que ingresaron en esta actividad al perder sus empleos. Por ello, si bien Elías (1998) toma la figuración de “*establecidos y marginados*” para describir las relaciones en base a la antigüedad de residencia en una comunidad, *Winston Parva*, me apropio de estas categorías para aplicarlas a la antigüedad en la aprehensión de un oficio y a la mancomunidad de normas y valores entre los de un lado de la villa, lo cual explica las relaciones y disputas entre los dos espacios de Sangre y Sol.

De este modo los conflictos entablados entre unos y otros, no se construyen en relación directa –o única- a un capital económico, esto es en base a la posesión de medios de producción o de otro tipo de objetos (ELIAS, 1998), sino antes bien por la antigüedad del oficio. Así es como se presenta la división de la villa para la mayoría de sus miembros, que se hace práctica en las relaciones y en los usos del espacio: *estás de un lado o estás del otro*. División que se fue cristalizando entonces a partir del 2001.

Ahora bien, muchos de los habitantes de la villa combinan todas estas actividades con la delincuencia. Sin embargo, no todos son valorados y juzgados por sus vecinos y parientes del mismo modo. Como bien señala Silva da Sousa “la comunidad crea un modelo de comportamiento, una expectativa a ser cumplida por cualquiera” (2006: p. 120).

Como vimos, para los Rodríguez, una familia de carreros, el trabajo debería constituir una salida. La Beba, una de sus vecinas, a la vez que critica el actuar de Martín Rodríguez, rescata que es carrero, otorgándole cierta legitimidad ante los demás. De hecho, esto se convierte en un factor determinante a la hora de que otros vecinos le presten favores a Martín, como esconderlo en alguna vivienda ante la posible llegada de la policía.

Al respecto decía Karina³⁵: *yo lo escondo porque es allegado a nosotros, es carrero, como mi marido...*

Para los Pereyra, en cambio, las changas no logran evitar la entrada al mundo delictivo.

Mas allá de que efectivamente sea así o no, -de hecho, en ninguno de los dos casos parece sacar a algunos de este ambiente-, lo interesante es ver cuáles son las representaciones en torno al trabajo y cómo esto se convierte en regulador de las relaciones sociales. Asimismo, la división de la villa en al menos dos sectores, implican formas de concebir la alteridad a partir de un oficio. Con todo ello no quiero decir de manera determinista y simplificada que la falta de trabajo sea la explicación o la causante de la delincuencia, ni mucho menos. Pero tampoco, que en las villas no existen normas ni sentidos en torno a la noción de trabajo.

De tal forma que los habitantes de Sangre y Sol al identificar a la villa con un oficio, como vimos, el del carrero, imprime sentidos sobre quiénes son y sobre lo que implica la vida comunitaria. Y aunque la legalidad de este *trabajo* sea cuestionada permanentemente por el Estado: por los medios de transporte (tracción a sangre) de los carreros prohibidos por ley, por revolver bolsas de basura en la vía pública, junto a una sospecha siempre latente sobre el origen de lo recolectado, estos grupos poseen siempre mayor legitimidad dentro de la villa que sus otros pobladores.

Dado lo expuesto cabe pensar que las situaciones críticas, los conflictos, las disputas y las violencias exceden el tema de la delincuencia. Tal como nos muestra Elías en su estudio “Ensayo teórico sobre las relaciones entre establecidos y marginados” (*outsiders*) (1998), la posibilidad del uso de la fuerza física y la manera en que pueden dar lugar a procesos de violentización de la vida social puede relacionarse con un aumento del diferencial de poder entre grupos, hasta convertir en legítimo el uso de la fuerza.

CONSIDERACIONES FINALES

La relación entre estas personas conflictivas y el resto de los pobladores de la villa implica cierta ambigüedad, en parte porque comparten experiencias de vida a partir de “un mismo horizonte social” (SILVA DA SOUSA, 2006). Por otra parte, la policía también se convier-

te en un factor central de conflictos -y de violencias- en la villa, cuya matriz es fluctuante y contradictoria.

Como he tratado de mostrar en este mapa general sobre los conflictos y las relaciones sociales dadas en una villa de la ciudad de Córdoba, el entramado de interdependencias es complejo y, por tanto, está colmado de ambivalencias. Puede observarse cómo los sentidos de las violencias dependen del contexto, de la situación misma y sobre todo de los espacios y de quiénes aparecen involucrados; por ende, fluctúan casi tanto como las percepciones que los sujetos construyen sobre esas personas supuestamente “violentas” con anterioridad a estos acontecimientos³⁶. En esta comunidad la jerarquía social y la diferenciación son asuntos de opinión y de evaluación, de estatus y, como vimos, de las representaciones sobre el estatus, tal como nos propone una perspectiva eliasiana. Según Elias, podríamos decir que el uso de la fuerza física está situado en un tiempo y espacio social, son relativos a posiciones y puntos de vista, lo que es legítimo y justo para algunos en un tiempo específico, puede no serlo para otros.

Los conflictos entre los habitantes de la villa siempre se dan en torno a un Otro, más aún si ese Otro no conforma el sector, y si no pertenece a las redes de reciprocidad extendidas entre vecinos y parientes. De hecho, un mismo caso puede ser considerado conflictivo, casi independientemente del hecho en sí, puede quebrantar para algunos la confianza y la reciprocidad perturbando los acuerdos tácitos con una carga negativa (ZALUAR, 1999) o, aumentar la seguridad de los vecinos más próximos. Esto sucede entre los mismos habitantes, e incluso con la policía a la vez interpelada por la gente y echada a pedradas.

Las formas de las violencias se caracterizan aquí por su carácter proxémico. Las relaciones de interdependencia, ya sean vecinales y de parentesco, a veces evitan un robo y a veces no lo hacen, pero introducen siempre diferentes concepciones sobre la violencia y sobre el Otro. Las violencias adquieren carices distintos: si

un robo se produce entre los más próximos en algunos casos puede no existir la violencia física, pero sí la desconfianza, con el agregado de engendrarla ante alguien que no es un enemigo o un extraño. Lo que es peligroso o violento para un vecino puede conformar la seguridad de otro. Del mismo modo que los conflictos previos que se mantienen, al igual que las relaciones de reciprocidad entre vecinos y amigos, determinan o al menos condicionan los sentidos que se le otorgan a los acontecimientos.

Cabe preguntarse entonces por los sentidos de las violencias y los valores asociados a ella. De tal modo que no puede analizarse a las formas de las violencias (ISLA y MÍGUEZ, 2003), sino insertas en relaciones sociales más amplias. Es en este camino que propuse un análisis sobre la noción de trabajo que aparece en el centro de la escena para otorgar sentido al delito, a la comunidad y a las personas. Las formas de regular las relaciones guardan las improntas de estos lazos sociales junto a las representaciones sobre el trabajo. Si bien en los dos lados de la villa existen “delincuentes”, los de un lado se valoran de otra manera porque combinan esas actividades con un oficio, que los reivindica y legitima en ciertos contextos.

NOTAS

1 En este sentido, el gobernador peronista de la provincia de Córdoba José Manuel De la Sota, efectuó diversas transformaciones en el área de seguridad de la provincia, continuando una línea de “mano dura” propuesta por Blumberg y el Manhattan Institute. “Red Vida Ciudadana” fue el nombre que se le dio a la formación de, por un lado, el Comando de Acción Preventiva (CAP) en relación a las nuevas políticas de seguridad y, por otro, al programa “Nuevos Barrios-Mi Casa, Mi Vida” para “solucionar” los problemas habitacionales de las villas que se encontraran en “zonas inundables”. Cabe señalar que se produjo una militarización general de la policía de Córdoba, es decir, un progresivo aumento de tácticas de vigilancias hacia los sectores más empobrecidos de la ciudad (ver HATHAZY, 2006).

2 En relación a ello, el estudio de largo alcance de Elias nos interpela a invertir la pregunta: “¿cómo es posible que tantas personas convivan de manera -relativamente- pacífica, tal

como ocurre en nuestra época en las grandes sociedades...?” (Elias, 1994: p. 141). Según el autor, se ha producido una especie de pacificación de los individuos por la transformación civilizadora tan fuertemente arraigada en la estructura interna de la personalidad como auto-coacción. De hecho, que el tabú contra las personas violentas esté inculcado de tal manera sobre todo en los más jóvenes de las sociedades-Estado, “tiene que ver con la creciente eficacia del monopolio estatal de la fuerza” (Elias, 1997:p.163, trad. mía). Es decir, junto a los controles concientes que va desarrollando el individuo aparece un aparato de auto-control, y por medio de los miedos y de las vergüenzas éste trata de evitar las acciones no permitidas, lo socialmente no aceptado para cada clase.

3 Coincido con PUEX (2003) cuando señala que las relaciones sociales de la villa con otros sectores de la sociedad remiten a un proceso social que se va redefiniendo a lo largo del tiempo, así como también los significados que van adquiriendo estos espacios. Por lo pronto, decido llamar así a las mismas porque esa es la denominación que utilizan sus habitantes. Cabe señalar, sin embargo, que son enclaves urbanos caracterizados por la pobreza material de sus habitantes y la precariedad de las construcciones, la mayoría de las veces sobre terrenos fiscales. Desde los medios, el Estado o el ámbito académico se las denomina villas de emergencia y se los marca como “zonas roja” por su “peligrosidad”.

4 De ahora en más, las categorías nativas y las enunciaciones de la gente aparecerán en itálica.

5 Creo que en investigaciones de este tipo, cabe tener presentes algunos interrogantes como ¿qué tipos de acciones se dejan afuera cuando se pregunta por hechos violentos?, y sobre todo ¿a quiénes se dejan fuera?

6 Incluso, desde mis propias supuestos y en consonancia con las múltiples preguntas y advertencias que me habían hecho mis conocidos, “*a una villa, ¿sola?!; pero... ¿conoces a alguien?*”, “*es muy peligroso*”, iba preparada a encontrar rápidamente violencias de todo tipo. Sin embargo, la intención de comprender las categorías nativas, la paciencia antropológica y la reflexividad (GUBER, 2004), me llevaron a descubrir la densidad y complejidad de las lógicas de sociabilidad que van mucho más allá de este presupuesto.

7 Esto no quiere decir que son equiparables todas estas vivencias, sino que todas ellas son potencialmente conflictivas.

8 Asimismo, si se consideran las clasificaciones sobre personas y acontecimientos y las deducciones que pueden establecerse

a partir de una observación directa de los hechos etnográficos, existen rasgos sobresalientes que conducen a pensar en esta categoría analítica.

9 Claudia Fonseca (2002:p.168) parte en su análisis de la fuerza física pero sostiene que no por ello deja de lado las dimensiones estructurales de la violencia, esto es la vinculación que existe entre la villa y las fuerzas económicas y políticas de la sociedad global. Si bien no parto necesariamente de una violencia física, comparto esta perspectiva; de modo que, prefiero hablar de “violencias” en plural, y como constitutiva de todo entramado social. Asimismo, tal como lo enuncian Schepher-Hughes y Bourgois (2004), la violencia nunca puede ser entendida sólo en términos exclusivamente físicos, sino que también incluye el ataque del victimario y la dignidad y el valor de la víctima.

10 En Sangre y Sol no existen más que algunos grupos de amigos o parientes entre sí que se dedican a “delinquir”, pero no conforman pandillas como existen en otros lugares. Ver Rodgers (2006). Asimismo, muchos otros no delinquen.

11 En varias ocasiones se han producido “linchamientos” en la villa. Es decir, diversas personas se reunieron para apedrear la casa del violador, y exigir que se vaya del lugar. Muchas veces se golpea al acusado duramente.

12 Los carreros son niños, adolescentes, jóvenes y/o adultos, sin distinción de género, que se transportan en carros tirados por caballos y que recorren la ciudad para recolectar cartones, vidrios, metales, telgopor, entre otros elementos para acopiarlos, agruparlos y luego venderlos a depósitos o empresas de reciclado. Esta categoría, al igual que la de cartoneros o cirujas, es permeable y suele ser disputada por los agentes, dependiendo de diversos factores. Desde la perspectiva de los actores ser carrero constituye un *oficio* transmitido de generación en generación con valores asociados al mismo. Desde la academia se lo suele incluir dentro del “trabajo informal” caracterizado, entre otros, por “*ilegalidad, baja productividad, escasa inversión de capital, mínima división del trabajo, escaso nivel de calificación, flexibilidad para la entrada y salida del negocio y bajo nivel de ingresos*” (GUTIÉRREZ, P. 2005: p. 134). Sin embargo, la categoría nativa que mantendré discute en cierto punto la visión reduccionista de algunos estudios de la sociología del trabajo que limitan su mirada a cuestiones económicas.

13 Es una guardería que en sus comienzos dependió de Caritas, y recibe a más de 50 niños de Sangre y Sol. Es dirigido por Marcela de 35 años de edad aprox., quien nació en Córdoba. Vive con José y con sus hijos. También percibe el Plan Jefas y Jefes de Hogar. Sus hijas, María y Jona la ayudan con esta

VIOLENCIAS AMBIVALENTES. UNA ANTROPOLOGÍA SOBRE LAS FORMAS DE REGULAR LAS RELACIONES SOCIALES EN VILLA SANGRE Y SOL (CÓRDOBA, ARGENTINA)

organización junto con otras vecinas del sector.

14 Como veremos más adelante, la villa se encuentra dividida simbólicamente en dos sectores: por un lado el sector Este en el que se encuentra el colegio municipal “Antonio Sobral” y un comedor y guardería infantil “Nueva Esperanza”, y del otro lado, el Oeste, en el que se localiza la Cooperativa de Vivienda “21 de Septiembre” y la “Cooperativa de Carreros Organizados”.

15 Algunos padres varones suelen intervenir *cuando el problema es mayor*, como dicen, en el que puede estar involucrado un mayor grado de “violencia”.

16 Claudia Fonseca (2000: p. 176) analiza los robos entre parientes o amigos de grupos populares como una forma tácitamente reconocida de asegurar una distribución igualitaria de bienes. Parece existir, para ella, una ley que dictase la partición de las riquezas entre parientes o amigos. Asimismo, cabría indagar sobre los significados en torno al robo, sobre lo que es considerado o no como “delito”.

17 Rosa nació en Córdoba, tiene 48 años y 15 hijos. No terminó la escuela primaria. Ella se define como carrera, sus padres también lo eran. Está casada con Lucas, de 49 años quien no terminó la primaria y es carrero desde pequeño, oficio que heredó de su padre. Es el actual presidente de la “Cooperativa de Carreros Organizados”.

18 La Negrita trabaja como moza en un hotel ubicado en el centro de la ciudad de Córdoba. Está casada y tiene una hija. Su marido es carrero.

19 Se llama así a los que delinquen dentro de la villa objetos de menor valor.

20 La Beba tiene 21 años de edad. Tiene tres hijos y vive en la casa de los padres. Actualmente percibe el Plan Jefas y Jefes de Hogar.

21 Móviles policiales, denominados CAP (Comando de Acción Preventiva), en los cuales transitan por las calles dos policías por camioneta.

22 El Vini tiene 16 años y vive con su madre. No concurre a la escuela.

23 Las personas que llaman a la policía y efectúan una denuncia formal son muy pocos, y por lo general se debe o bien a una venganza, o bien porque no mantienen relaciones vecinales o de parentesco con uno u otro sector de la villa o no

encuentran forma de lidiar con los “delinquentes”.

24 Graciela Tedesco (2006) ha trabajado sobre la importancia de la figura materna para los jóvenes de las clases populares, porque son, por lo general, quienes apoyan incondicionalmente a sus hijos aún después de caer presos.

25 “Este lado” y el “Otro”, dependen de donde se sitúe uno. Por ello, aunque no constituya una forma de distinción de los pobladores se indicará un parámetro geográfico: el sector Este y el Oeste.

26 En ningún momento la gente se definió como “desocupados”, sino antes bien muchos decían que *estaban sin trabajo*.

27 La ordenanza municipal prohíbe la entrada al ejido central a toda hora con vehículos tracción a sangre.

28 Al menos tres fueron las protestas que estos grupos organizaron frente a la municipalidad de la ciudad de Córdoba, para reclamar por mejores condiciones de trabajo.

29 Es un plan otorgado por el gobierno de la Nación que otorga una cifra de dinero a sus beneficiarios, como parte de un programa social.

30 Tal como lo indica La Voz del Interior, *“la Municipalidad calcula que son entre 70 y 100 los carros que llegan al centro. Pero la cifra se multiplica varias veces si se suman los que van a pie, en bicicletas y hasta en autos destartados y viejas camionetas (un caso típico son los fleteros)”*, (La Voz del Interior On Line, Curto Rubén, “Ser cartonero se volvió un trabajo rentable”, 1 de julio de 2002). Según datos publicados por el mismo diario pero en el 2005, oficialmente, se estima que *“los carreros pasaron de ser dos mil en 2002 a seis mil en 2005”* (La Voz del Interior On Line, 27/2/05). De todas maneras, hay recalcar que son justamente “estimaciones” construidas en torno a categorías homogéneas como “carreros” o “cartoneros”, que por lo general sólo tienen en cuenta a los adultos que poseen carros y que transitan el ejido central.

31 Como bien señala Maristella Svampa (2003), *“en la Argentina, la inflexión estructural fue concretada durante la década menemista (1989-1999), aunque muchos de sus pasos previos fueron gestados durante la última dictadura militar (la política de desindustrialización, cuyos efectos sociales se hicieron visibles-acentuándose- durante el gobierno de Ricardo Raúl Alfonsín)”*. Y los resultados económicos se traslucen en *“una alta concentración de la riqueza..., una fractura cada vez mayor en el interior de las*

clases medias; un notorio empobrecimiento y reducción cuantitativa de las clases trabajadoras y, por último, un superlativo incremento de los 'excluidos'" (2003:pp.17-18, comillas mías).

32 Por lo que pude advertir, las distinciones entre estos grupos de trabajadores informales no son homogéneas, puesto que existen algunas diferencias entre lo que ocurre en Buenos Aires y en Córdoba. Sin embargo, el proceso histórico de conformación es similar. Para ampliar ver: Suárez y Schamber (2003) y Perelman (2004).

33 La palabra "marginados" no es una traducción literal sino que "outsiders" en el texto de Elías significa "no establecidos".

34 Karina es ama de casa, tiene 23 años y tres hijos. Su marido es carrero desde muy pequeño.

35 Como han mostrado ya numerosos antropólogos, los discursos, las creencias, los valores, son intrínsecamente ambiguos y contradictorios.

BIBLIOGRAFÍA

-BERMÚDEZ, NATALIA "Tenemos que demostrarles a la municipalidad que existimos... Una etnografía sobre las prácticas políticas de los carreros de Villa Sangre y Sol (Córdoba)". VII Congreso Argentino de Antropología Social, Villa Giardino, Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba, Facultad de Filosofía y Humanidades, 2004.

-BOURGOIS, PHILIPPE "Pensando la pobreza en el gueto: resistencia y autodestrucción en el apartheid norteamericano". En: Etnografías contemporáneas. Año 2, 2 de abril de 2006. Argentina: UNSAM. 2006.

-CLASTRES, PIERRE Arqueología de la violencia: la guerra en las sociedades primitivas. México: Fondo de Cultura Económica, 2004.

-ELIAS, NORBERT El proceso de la civilización. Investigaciones psicogenéticas y sociogenéticas. México: Fondo de Cultura Económica, 1989.

----- Os alemães. A luta pelo poder e a evolução do habitus nos séculos XIX e XX. Rio de Janeiro: Jorge Zahar Editor, 1997.

----- "Ensayo teórico sobre las relaciones entre establecidos y marginados" En: Elías, N. La civilización de los padres y otros ensayos. Editorial Norma Santa Fe de Bogotá, pp. 80-138.

-FONSECA, CLAUDIA "Bandidos e mocinhos: a violência no cotidiano". En: Família, fofoca e honra. Etnografia de relações de gênero e violência em grupos populares. Porto Alegre: UFRGS editora, 2000.

-GEERTZ, CLIFFFORD "Juego profundo: notas sobre la riña de gallos en Bali". En La interpretación de las culturas. España: Gedisa Editorial, 1995.

-GUBER, ROSANA El salvaje metropolitano. Reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo. Buenos Aires: Paidós, 2004.

-GUTIÉRREZ, PABLO "Recuperadores urbanos de materiales reciclables". En: Mallimaci y Salvia (coords.) Los nuevos rostros de la marginalidad. La supervivencia de los desplazados. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires/Editorial Biblos, 2005.

-HATHAZY, PAUL "Políticas de Seguridad en Córdoba (2000-2005): incremento del estado penal y re-militarización policial". Documentos de trabajo, Violencia y Cultura, Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica, 2006.

-ISLA y MÍGUEZ Heridas Urbanas. Violencia delictiva y transformaciones sociales en los noventa. Buenos Aires: Editorial de las Ciencias/Flacso, 2003.

VIOLENCIAS AMBIVALENTES. UNA ANTROPOLOGÍA SOBRE LAS FORMAS DE REGULAR LAS RELACIONES SOCIALES EN VILLA SANGRE Y SOL (CÓRDOBA, ARGENTINA)

- LEWIS, OSCAR Los hijos de Sánchez. México: Mortiz, 1995.
- MÍGUEZ, DANIEL “Transgresión y pobreza urbana: ideología, ética y teoría en la construcción de un campo”. En: Etnografías contemporáneas. Año 2, 2 de abril de 2006. Argentina, UNSAM.
- PUEX, NATALIE “Las formas de la violencia en tiempos de crisis”. En: Isla y Míguez (coord.) Heridas Urbanas. Violencia delictiva y transformaciones sociales en los noventa. Buenos Aires: Editorial de las Ciencias/FLACSO, 2003.
- SCHEPER-HUGES, NANCY y BOURGOIS, PHILIPPE “Introduction: making Sense of Violence”. En: Violence in War and Peace, USA: Blackwell Publishing, 2004.
- SILVA DA SOUSA, ROSINALDO “Trayectorias de bandidos, mitos y ritos del tráfico ilícito de drogas en Río de Janeiro”. En: Etnografías contemporáneas. Año 2, 2 de abril de 2006. Argentina, UNSAM.
- SUÁREZ, FRANCISCO; SCHAMBER, PABLO Cartoneros, recolectores de trabajo y dignidad. Antecedentes, ubicación productiva, formas organizativas y otras consideraciones sobre los recolectores de materiales reciclables en la vía pública (cartoneros), 2000. En prensa.
- SVAMPA, MARISTELLA (edit.) Desde abajo. La transformación de las identidades sociales. Buenos Aires: Biblos, 2003.
- RODGERS, DENNIS “Cuando la pandilla se pone mala: violencia juvenil y cambio social en Nicaragua”. Etnografías contemporáneas. Año 2, 2 de abril de 2006. Argentina, UNSAM.
- TEDESCO, GRACIELA (2006) De violencias y querencias. Tesis de maestría en antropología, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba. Inédito.
- WILLIAMS, RAYMOND Marxismo y literatura, Ediciones Península: Barcelona, 2000.
- ZALUAR, ALBA (1999) Um debate disperso, violência e crime no Brasil da redemocratização. São Lucas Em Perspectiva, 13 (3).
- INDEC (2001) Censo Nacional de Población, Hogares y Viviendas.
- La Voz del Interior On Line, 1 de julio de 2002.
- La Voz del Interior On Line, 27 de febrero de 2005.